

La vida extranjera: Reflexiones acerca de “El entenado” de Juan José Saer y su mirada sobre la condición humana

Sergio, BOADA – Buenos Aires

“Así andaban los indios, del nacimiento a la muerte, perdidos en esa tierra desmedida”

“No venía nadie, nadie existía ni había existido nunca,... fuera de alguien que había deambulado, incierto y confuso, en ese espacio de evidencia”

Juan José Saer, “El entenado”

“El antropólogo... tiene que tirarse a fondo en el acto de autoreflexión, para poder cerciorarse por dentro de la totalidad humana... tendrá que ejecutar ese acto de adentramiento en una dimensión peculiarísima, como acto vital, sin ninguna seguridad filosófica previa, *exponiéndose por lo tanto, a todo lo que a uno le puede ocurrir cuando vive realmente*”.

Martin Buber, ¿Qué es el hombre?

1. Introducción

Confío al lector de estas reflexiones una de mis más fuertes impresiones ante la lectura de la novela de Juan José Saer “El entenado”: la sensación de extrañeza.

Tal sensación se fue enriqueciendo y posiblemente asentando con más “firmeza” (palabra extraña a la extrañeza misma) con el progresivo develarse del relato. Pues a través de los ojos de un huérfano de quince años, europeo, que arriba sin mayor afán de aventuras a la costa de las Indias, náufrago en una tribu aborigen, se van develando progresivas extrañezas: la constatación – sin tiempo para la reflexión – de ser nuevamente huérfano[1], el conocimiento, ya en la tribu, de los ritos periódicos de antropofagia y orgía – y el no develamiento, a la par, del sentido de los mismos- ; el descubrimiento de todos los pormenores de la vida de la tribu en esos años de convivencia; la revelación , con el avanzar de los años y ya fuera de la tribu, que todo ese mundo (los indios y “su” mundo) manifestaban sobre todo una apuesta al no aniquilamiento como un instinto colectivo de “persistir” diferentes al mundo. En fin, la extrañeza como sentimiento fundamental frente a la existencia propia, confirmada seguramente cuando ya desde otra “orilla” de la vida, sesenta años después la memoria actúa con la misma incertidumbre que tuvo la percepción en su momento[2].

La extrañeza se ha instalado a través del relato no sólo como un parámetro de nuestro conocimiento del mundo, del hombre, de la propia identidad sino como condición de “extranjería”: la conjeturalidad de todas nuestras percepciones y conocimientos promueve en nosotros extrañeza, sentirnos exterioridades frente a otras exterioridades: no se entabla propiamente una comunión de los hombres con el mundo, ni de los

hombres entre sí. El relato, entonces, de la existencia humana extranjera al mismo hombre nos abre una oportunidad de atisbar otros aspectos fuera de los convencionales sobre el devenir humano. Se constituye así en una especie de parábola de la condición humana[3]. Tal exposición de la vida se muestra extrañamente distinta a los modelos explicativos que nos proponen los habituales sistemas de referencia del hombre de Occidente y pienso que, por tal motivo, una literatura extrema que nos grita desde otra orilla es una oportunidad de apertura a los misterios del otro, posiblemente no tan ajenos.[4]

A continuación ilustro, entresacando frases del texto, elementos que intentan mostrar lo propuesto con el deseo de motivar al lector a la lectura de tan maravillosa obra.

2. El modo en que se estructura la novela: sugerencias

La novela tiene dos particularidades con respecto a su estructura.

La primera, que al no estar dividida en capítulos la trama se desarrolla con una sensación de despliegue sin pausa a lo largo del tiempo, quizás una imagen más de la vida: “*a lo que vino después, lo llamo años o mi vida – rumor de mares, de ciudades, de latidos humanos, cuya corriente, como un río arcaico que arrastrara los trastos de lo visible, me dejó en una pieza blanca...*”[5]

La segunda particularidad es que la voz que nos habla es la del protagonista, ya anciano, contando en forma retrospectiva toda su vida a partir de la experiencia singular de sus diez años en convivencia con los indios.

Estas indicaciones sólo las hago para resaltar una impresión respecto del conflicto de la obra: la novela desde su inicio atrapa el querer saber qué le pasó a este muchacho que sobrevivió a la masacre histórica de Solís y a los indios antropófagos, cómo terminó su aventura[6]; pero, a lo largo de la narración, se devela otro conflicto, la pregunta que va emergiendo en distintos momentos y que justifica la extensa reflexión de la segunda parte es quizás ¿qué le pasó a este hombre que vivió esta experiencia, qué sucedió con su vida, qué sentido tomó su existencia? Pienso que desde este aspecto es una verdadera novela filosófica, porque la pregunta podría ser ¿qué le pasa al “hombre” si es que el río de la vida le da ocasión para percatarse de su situación de “extranjero”? [7]

3. Tópicos manifestativos de la condición humana

A lo largo de la obra van entrando en crisis los distintos marcos de referencia de nuestra vida. Se podría decir en líneas generales que hay una crisis del *principio de realidad*.

Una de las primeras revelaciones que tiene el entonado es que pocos días después de convivir con los aborígenes pierde muy rápidamente lugar su historia pasada, de hecho no hay indicios en la novela del sufrimiento por el desgarrar de una situación pretérita “*el capitán y los barcos parecían restos inconexos de un sueño mal recordado*”. Esta experiencia lo lleva a constatar que “*el recuerdo de un hecho no es prueba suficiente de su acaecer verdadero*”[8]. La vida humana no se va realizando a través de su historia, no hay un acaecer que concrete realidad.

Es más, pareciera que hay un nuevo nacer en esta nueva situación perdiéndose la ilación con la anterior vida: *“Tierra, cielo vacío, carne degradada y delirio, con el sol arriba, pasando, desdeñoso y periódico, por los siglos de los siglos: así se presentaba, ante mis ojos recién nacidos, esa mañana, la realidad”* [9]

Esta crisis no atañe sólo al ser personal del entenado sino también al mundo que lo rodea. La novela se abre con la primer impresión del “mundo” que le dejó esa experiencia: las *“costas vacías”*...*“me sentí diminuto”*... *“aplastado por las estrellas”* [10]

Esta impresión primera que podría ser el inicio de un remontarse trascendente será, por el contrario, signo de la ya mencionada extranjería: La tierra *“sin otra diversidad ante ella que la del cielo”*, *“muda y desierta”*, *“todo me parecía arduo y extraño”*. [11]

La percepción de armonía (los indios frente al fuego y a la carne) resultará finalmente un verdadero error [12].

Entran así en crisis tanto las habituales certezas del conocimiento *“Para un observador imparcial estaban asándose los restos carnosos de un animal desconocido”*, como también la misma concepción del hombre: *“De todo lo que compone al hombre lo más frágil es, como puede verse, lo humano, no más obstinado ni sencillo que sus huesos”* [13]. Los ademanes de los indios eran mudos y no dejaban aparentar ningún signo. Parecían como los animales contemporáneos de sus actos [14]. Una frase contundente nos da una mirada comprehensiva de esta nueva visión: *“Iban de un mundo a otro pasando por una zona negra que era como un agua de olvido, y atravesaban, de tanto en tanto, un punto en el cual todos los límites se borraban dejándolos al borde de la aniquilación”* [15]

3.1. El deseo

Me parece central, para la línea de análisis propuesta de la condición humana, la descripción del deseo y su consecuente insatisfacción y desencanto. Al describir el periódico rito de antropofagia y orgía observa el relator el inicio del deseo en esa *“fijeza característica que debe postergar su realización y que se expande en una muchedumbre de visiones”* [16]. Los indios arden no menos que el fuego en ese deseo.

Pero el tal deseo generado no aparenta resolverse como en la concepción antropológica realista de la afectividad que considera la existencia en el deseo de una dinámica natural hacia un objeto propio que una vez alcanzado genera satisfacción. Por el contrario el deseo se manifiesta como una *“Concentración obstinada ... que, como lo aprendería mucho más tarde, se vuelca sobre el objeto para abandonarse más fácilmente a la adoración de sí mismo, a sus construcciones imposibles que se emparentan, en el delirio animal, con la esperanza”*

Observa el relator que *“el bocado no apaciguaba sino que aumentaba el apetito”* y *“el exceso de apetito ... anulaba o empobrecía el placer”* [17]. Este desequilibrio de un aparente orden natural hace que, mientras los indios comen, persista su ansiedad y sean entonces más víctimas que la propia presa.

Como cierre de esta exploración del deseo, observa el entenado, como dato peculiar, ese ritmo acelerado que los indios imprimen a todas sus acciones, incluso a ésta: un *“frenesí que parecía impedirles el goce. Como si la culpa tomando la apariencia del deseo hubiese sido en ellas contemporánea del pecado”* [18]

A lo largo del relato de la orgía también se manifiestan estas ambigüedades del deseo. Cuando anochece él sólo ve una “masa informe de cuerpos”[19]. Como él no participa es “invisible” a los ojos de los indios. “*Nos atravesaban las miradas buscando algo más real en que posarse*” Es como una “*deambulación en dos mundos diferentes*”[20]. Estas expresiones muestran una vez más este “estar” en el mismo lugar como mutuas exterioridades. Tal “coexistencia” exterior, no sucede por el hecho de no participar en la orgía, como si desde un enjuiciamiento moral, el entonado se considerara exterior al espíritu del otro. Sólo es que tal experiencia de la consumación del deseo manifiesta nuevamente esa recóndita vuelta egotista al sí (señalada antes) que hace emplazarse a cada uno definitivamente exterior al otro.

La naturaleza se une a esta percepción: “*La luna lenta... proyectaba a través de los árboles unos rayos de luz cruda, blanca, que iluminaban fragmentos de cuerpos o de grupos de cuerpos, o esos rostros perdidos que se agitaban en la oscuridad vegetal*”[21]

3.2. La religiosidad

Me gustaría hacer un punto aparte sobre este aspecto que, a mi parecer, tiene su propia crisis en este relato. Quizás parezca arriesgado afirmarlo porque durante todo el relato ni en el entonado ni en los indios se manifiesta algo así como signos de piedad o religiosidad explícitos. Por otra parte, la única referencia a la religión está asignada a la ambientación dentro del marco cultural propio de la España del siglo XVI. Por otra parte, tal ambientación es propia del mundo europeo y tiene su incidencia cuando el relato despliega lo que le sucede al entonado en su vuelta a la tierra natal.

En primer lugar el mismo entonado lo afirma de los indios sin mayor miramiento: “*nunca vi que esos indios adoraran nada*”[22].

Apartándonos de esta referencia a la religiosidad, por decir, “explícita” sí podemos entonces observar un aspecto más profundo de esta nueva crisis a la que nos referimos la que podría significarse a través de la expresión “crisis de trascendencia”.

Llama la atención que a lo largo de los años el entonado descubre, aunque bajo misteriosos mensajes, un verdadero rito en la vida de esta tribu: su primer impresión de la antropofagia y de la orgía se dilata en el tiempo, pasa un ciclo entero de estaciones y descubre la inminente llegada de la repetición del rito, ahora con otras personas (otras tribus) y entre ellas un “elegido” para participar de ese rito

Descubre que, en este caso, el “otro” es un aborigen y que, regresa, terminado el rito, con una canoa pertrechada por los mismos indios y entregada a la corriente del río, a su tribu de origen

Este rito primero vivido, ahora conocido y, finalmente, visto durante los diez siguientes años de convivencia se suma a otro extraño acontecer, una experiencia que se irá desenmarañando a lo largo de la novela: el entonado ignora inicialmente el motivo de su supervivencia pero empiezan a aparecer una cantidad de indicios que le hacen expresar en términos de “deferencia” [23] la actuación de los aborígenes respecto de él. Lo nota cuando le dan una embarcación para él solo cuando en la tribu recibe “*sonrisas melosas y deferentes*”[24], cuando en medio del rito comunitario de la antropofagia él es llevado junto con los asadores para comer pescado. Pero fundamentalmente con el uso reiterado hacia él de la expresión *Delf-ghi* y de la actitud insistente hasta molesta de los indios con él en esos momentos[25].

Si bien recién al término de la novela tendremos la conjetural explicación del protagonista sobre estos hechos es notable que todo un sistema ritual está incluido en la vida de estos aborígenes, pero eso sí con una diferencia a nuestra visión cristiana: no hay una direccionalidad del rito hacia un ser trascendente.

Al hablar de esta crisis seleccionaría un momento muy notable en la novela, entramado con la cuestión del deseo, que es la percepción del momento que los indios van a volver a retomar el ciclo de la antropofagia, marcado por las estaciones y por su propio instinto.

El entenado percibe que hay un cambio. Un paso de la “*negrura desconocida*” por la reaparición de “*cosas semiolvidadas, semienterradas*” y ahora por primera vez él observa “*gestos, signos, mensajes precisos*” de lo que inmediatamente va a suceder.[26]

La impresión que se lleva en el relato es que no hay una “razón” superior que guíe sus ritos y, sobre todo, sus vidas: “*Los cuerpos eran como signos visibles de un mal invisible. Llaga, debilidad...no eran más que señales que algo mandaba, porque sí, desde lo negro... como una sustancia única respecto de la cual cada uno de los indios, visto por separado, parecía frágil y contingente*”. [27]

Ya avanzada la historia y pese a la ascendencia, que con el devenir de los años, tiene el padre Quesada sobre el entenado[28], éste concluye: “*Para mí no había más hombres en esta tierra que esos indios y que, desde el día que me habían mandado de vuelta yo no había encontrado, aparte del padre Quesada, otra cosa que seres extraños y problemáticos a los cuales únicamente por costumbre o convención la palabra hombres podría aplicárseles*” [29]

Esta nota de humanismo exaltado convive extrañamente con aquella sensación de extranjería de la que venimos hablando. El lector que dialoga con estas reflexiones puede oscilar entonces como oscila entre orillas el mismo entenado.

3.3. El papel del lenguaje

Dijimos que esta novela es una gran parábola sobre la condición humana como extrañeza en el mundo y con los pares, por eso también emana de esta narración el problema de la incomunicabilidad de las personas, al menos desde una de las cualidades más específicamente humanas como lo es el uso del lenguaje articulado.

Durante las primeras cien páginas del relato se constata que entre el entenado y la tribu sólo hay una relación “experiencial” es decir él observa todo lo que sucede a su alrededor, la única expresión que recupera de los indios es el *Delf-ghi* con que ellos lo identifican, cuyo significado propiamente lo va a comprender muchos años después[30].

Esta “no comunicación” se manifiesta de muchos modos: no sólo en lo que escucha como lenguaje desconocido sino también en los hechos que observa, por eso no le resultan significativas muchas de las cosas que ellos hacen causándole verdadera perplejidad: los juegos de los niños, las “representaciones” delante de él con el apelativo *Delf-ghi*, la vida ordenada, meticulosa y pudorosa entre los períodos del rito antropófago.

Por tal razón, una de las primeras constataciones que hace respecto de su lenguaje, es que no hablan de lo que no saben: son económicos y no mienten. Esto lo había constatado cuando él los interrogaba en

los “meses de abstinencia” acerca de las orgías: “*era como si una parte de la oscuridad que atravesaban quedase impregnada en sus memorias, emparchando de negro recuerdos que, de seguir presentes, hubiesen podido ser enloquecedores*”. [31]

Al usar el término “mentira” se desliza un sesgo moral que seguramente no se imprime en la obra: posiblemente, el lector, sólo percibe que la rudimentaria forma de vida no ha evolucionado hacia un uso de la lengua tal como para “asegurar” desde la “ficción” una realidad que en verdad no existe. Si no hay lenguaje que ficciona entonces hay olvido.

Justamente, este uso del lenguaje para ficcionar realidades, aparecen en su período de “recuperación” en su vuelta al mundo “civilizado” Por un lado, la asistencia del padre Quesada, quien entre otras cosas le enseñó a “*leer y escribir, el único acto que podía justificar mi vida*” [32], por otra parte, la compañía de los actores de teatro, la redacción del guión de su experiencia entre indios, y la representación de una comedia, en conjunto todo lo que le permitió salir del pozo en que estaba. Pero el entonado constata que la comedia estaba basada en la mentira y que estaba pensada no para transmitir lo que sucedió sino para agradar al público quien ya tiene preconcebido lo que quiere escuchar “*No fue difícil. De mis versos, toda verdad estaba excluida y si, por descuido, alguna parcela se filtraba en ellos, el viejo, menos interesado por la exactitud de mi experiencia que por el gusto de su público, que él conocía de antemano, me la hacía tachar*”. [33]

Tal lenguaje responde entonces a unas leyes de acomodamiento mutuo entre el público y los actores, todos representamos una comedia “*todos éramos los personajes de una comedia*” y el lenguaje sólo sirve para realizar algo útil: mostrar “*el aspecto tolerable de las cosas*” [34].

4. Resolución

Beatriz Sarlo afirma respecto de la resolución del conflicto en la novela contemporánea: “*Los novelistas del siglo XIX sintetizaban en clásicos capítulos finales los destinos de sus personajes...Las novelas de Saer no pertenecen obviamente a este régimen*” [35].

Teniendo en cuenta esta perspectiva podríamos afirmar que, paradójicamente, hay un cierre y una apertura, en el final de la novela: el “cierre” se expresa a través de la resolución conjetural del entonado, ya anciano, quien formula, a su parecer, qué explicación se pueda dar a las acciones singulares de los indios con los que convivió. Sin embargo, permanece una línea de reflexión abierta para el lector ya que con la misma resolución queda remanente el conflicto entre un saber teórico que quiere confirmar certezas y evidencias de la existencia del hombre y un saber conjetural que sólo intenta balbucear imágenes acerca del sentido del cosmos y del hombre en él inmerso.

Respecto del “cierre” podemos consignar dos grandes descubrimientos que realiza el entonado a lo largo de sus más de setenta años de vida.

En primer lugar los años de reflexión le han permitido reunir las percepciones fragmentarias de aquellas épocas y considerar que los indios tenían un gran temor: la aniquilación o la no persistencia de su existencia misma.

La observación repetida de su preocupación por volver continuamente a su mundo, de no perder ni sus casas ni sus utensilios –más preocupante que la pérdidas de vidas – le hace concluir que “*no era el no*

ser posible de otro mundo sino el de éste el que los aterrorizaba” [36]y por eso “querían hacer persistir por todos los medios el mundo incierto y cambiante”[37]

Otro ámbito que le daba pistas acerca de esta precariedad del mundo conocido era que en su lenguaje no se usaba del verbo “ser” o “estar” sino del “parecer”. En definitiva sus existencias estaban consustanciadas con el lugar en que vivían al punto que *“ellos mismos eran ese lugar”[38]*

Y por eso hay una búsqueda de persistencia que es finalmente propia de la condición humana ya que no sólo es observable en los indios[39] sino en él mismo.[40]

El segundo descubrimiento está referido a la práctica de la antropofagia y los ritos conexos con ella. Esto tendrá una conexión íntima con la antedicha preocupación por la precariedad y la contingencia: *“A ese mundo que parecía tan sólido había que actualizarlo a cada momento para que no se desvaneciese como un hilo de humo al atardecer”.[41]*

Una primer constatación se marca para él cuando recogía de retazos de conversación en los que se manifestaba la diferencia entre comer y ser comido: *“El apetito de algo oscuro los gobernaba ... ser comido sería arrumarse por completo en lo exterior, igualarse , perdiendo realidad, con lo inerte y con lo indistinto”*

Pero la gran diferencia va a emerger cuando ellos fueron capaces de dejar de comerse entre ellos: *“Los indios empezaron a sentirse los hombres verdaderos cuando dejaron de comerse entre ellos”* y es, justamente, desde una cierta “fenomenología” del ritual que puede arribar a sus conclusiones: *“Sabían en el fondo, que como lo exterior era aparente, no masticaban nada, pero estaban obligados a repetir, una y otra vez, ese gesto vacío para seguir, a toda costa, gozando de esa existencia exclusiva y precaria que les permitía hacerse la ilusión de ser en la costra de esa tierra desolada, atravesada de ríos salvajes, los hombres verdaderos”.[42]*

Manteniéndonos en el contexto de la novela es que, justamente, no hay que buscarle una racionalidad al rito ni a las explicaciones del entenado, sino ese trabajo conjetural de poder cuasi “mágicamente” resolver el cosmos y la existencia a través de actos humanos, sean rituales, sean reflexivos. Si esto, a nuestros oídos, resulta absurdo no estaría de más preguntarnos cuánto de eso intentamos día a día hacer desde nuestros habituales parámetros de pensamiento y acción.

Por último es insoslayable referirnos a la conclusión consecuente con lo afirmado en el párrafo anterior respecto a su propia condición mientras vivió en esa tribu mentada por la expresión *“Delf-ghi”*.

Distintas impresiones le permitieron comprender cuál había sido su rol en todo este misterio: *“Si me habían dado ese nombre me hacían compartir alguna esencia solidaria”[43]*. Entre tantos elementos es interesante ver el papel que tuvo el ritual de los juegos de los niños donde él tuvo un indicio de esa preocupación: *“Se esforzaban para que a cada momento todo fuese idéntico a sí mismo y obtener, de ese modo, una ilusión de inmovilidad”[44]*. También entonces, como un juego, los aborígenes querían dejar impresa en él su presencia para que fuera él quien los ayudara a permanecer frente a la precariedad: *“Que la imagen que querían dar de sí mismo fuese buena o mala les interesaba poco; lo importante era que fuese intensa y fácil de retener”.[45]*

Más allá de cualquier “lógica” lo cierto es que el entenado fue en alguna manera el elegido para ayudar a los indios a no aniquilarse, a tener un “más allá” en la memoria del otro. De hecho el protagonista nos confiesa en su ancianidad que su vida ha quedado determinada por esta experiencia, que los indios vuelven a su memoria invenciblemente, al transmitir por escrito esta historia nosotros hoy

recibimos esa imagen de aquellos hombres. ¿Le estamos hoy dando a ellos y al entenado persistencia en nuestra propia memoria? ¿Es esa la justificación del acto de leer y escribir?

Supongo que estos y otros interrogantes dan consistencia a esa “apertura” del cierre, apertura a otras realidades, con las que juega el relato y que nos permite abrirnos a la paleta de misterios que nos entrega el cosmos y la historia: las costas vacías, la noche negra, la luz cruda y blanca de la luna, el río de la historia, en fin “*el encuentro con las estrellas*” [46]

Bibliografía

Aristóteles: *Poética*. Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2004

Saer, Juan José: *El entenado*. Madrid, Seix Barral, 2008

Sarlo, Beatriz: *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007

Bibliografía

[1] “sin que yo pudiese lograr ... tener conciencia de que estaba sucediendo o de que acababa de suceder. El recuerdo que me queda de ese instante, porque lo que siguió fue vertiginoso, se limita a representar el sentimiento de extrañeza que me asaltó” cf. Juan José Saer: *El entenado* (EE), p.31

[2] “La mano frágil de un viejo, a la luz de una vela, se empeña en materializar con la pluma, las imágenes que le manda, no se sabe cómo, ni de dónde, ni por qué, autónoma, la memoria” cf. Saer: o.c., p. 69 “Sesenta años después no estoy seguro de haber entendido , aun cuando ese hecho haya sido a lo largo de mi vida, mi único objeto de reflexión, el sentido de esa esperanza” EE p. 95

[3] Afirma Beatriz Sarlo que “El entenado es una fábula filosófica” En: Sarlo, Beatriz “Escritos sobre Literatura Argentina” p .314

[4]La lectura de la novela va poniendo en crisis los grandes parámetros de referencia del mundo occidental al que pertenecemos, y al que pertenece el “entenado”. ¿Es el mundo la mansión segura creada por un Dios amoroso y con un destino trascendente? (“al fin podíamos percibir el color justo de nuestra patria... Al fin llegábamos después de tantos presentimientos, a nuestra cama anónima” cf. EE ps. 188-189. ¿Es el hombre capaz de idear y proyectar desde sí su mundo prescindiendo de la realidad de las cosas? (“Esto que está pasando, pensaba, es mi vida, y yo soy yo, yo, pensaba, mirando las hojas inmóviles que dejaban ver aquí y allá, porciones de cielo” EE p. 45

[5] EE p. 189

[6] Ese nivel del relato existe en otros “lectores” contemporáneos: “Debo decir que la muerte del capitán y de mis compañeros,... se había difundido por todas las grandes ciudades y durante muchos meses había sido discutida, amplificada, tergiversada y llevada y vuelta a traer de los templos a las cortes y de las cortes a los centros comerciales” EE ps. 123-124

[7] En este sentido tomamos como referencia la noción aristotélica de la Poética: “la poesía es más filosófica y más elevada que la historia, pues la poesía dice más bien lo universal, en tanto que la historia dice lo particular”. Aristóteles, Poética, 1451b,5

[8] EE p. 37

[9] EE 51

[10] EE 11

[11] EE 36, 45

[12] EE 48

[13] EE 53-54

[14] EE 146

[15] EE 100

[16] EE 49

[17] EE p. 57

[18] EE p. 57

[19] EE p. 72

[20] EE p. 73

[21] EE p. 73

[22] EE p. 79

[23] EE p. 34

[24] EE p. 40

[25] EE ps. 31, 33, 40, 47, 60, 75, 76, 85 entre otras

[26] EE ps. 90-91

[27] EE p 78

[28] El padre Quesada es el único referente moral y espiritual que el entenado tiene a lo largo de su vida y quien desde su piadoso comentario sobre los indios: “*yo había vivido durante diez años, sin darme cuenta, en la vecindad del paraíso, que en la carne de esos hombre había todavía vestigios del barro del primero, que esos hombres eran sin duda la descendencia putativa de Adán*” (p. 39) le abre al entenado

una posibilidad de lectura diferente de los sucesos. Aunque tal incidencia no aparece en la novela como definitiva

[29] EE p. 125

[30] EE ps. 161-162

[31] EE p. 100

[32] EE p. 120

[33] EE p. 130

[34] EE ps. 131-132

[35] Sarlo, Beatriz, o. c., p. 289 290

[36] EE p. 141

[37] EE p. 149

[38] EE p. 144

[39] Cuando vuelve la primavera “lo que habían perdido es la privación del invierno, todo rastro de sí mismos, les traía, con las sensaciones que despertaba, el recuerdo de una vieja persistencia”. EE p. 89.

[40]“El primer trago de vino ... me da con su constancia, ahora que soy viejo, una de mis primeras certidumbres ... A decir verdad, más que certidumbre vendría a ser algo imposible pero verdadero, un orden interno propio del mundo muy cercano a nuestra experiencia del que la impresión de eternidad, que para otros pareciera ser el atributo superior, no es más que un signo mundano y modesto ... Y sin embargo son esos momentos los que sostienen, cada noche, la mano que empuña la pluma, haciéndola trazar, en nombre de los que ya, definitivamente, se perdieron, estos signos que buscan, inciertos, su perduración” EE p. 138

[41] EE p. 147

[42] EE ps. 156-157

[43] EE p. 162

[44] EE p. 167

[45] EE p. 170

[46] EE p. 189